LA ACCIÓN OBRERA

SEMANARIO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO

PORTE PAGO — PORTE PAGO

AÑO VIII — NÚM. 279

NÚMERO DEL 1º DE MAYO

Buenos Aires, Abril 26 de 1913.

APARECE LOS SABADOS

DIRECCION: COLOMBRES 1062

SUSCRIPCIÓN

República Argentina, por mes 0.50

Exterior, por mes pesos oro 0.25

1º DE MAYO

La eterna rotación del tiempo nos vuelve a encarar a esta fecha memorable, recuerdo de mil episodios sangrientos, símbolo de una afirmación de clase, motivo de una nueva afirmación revolucionaria y presagio de un levantamiento general de las multitudes productoras ansiosas de libertad y emancipación.

Su origen conquistador está ligado a mil batallas del trabajo, por su adelanto y mejora, y constituye por sí sólo una historia de relieves trágicos, con caracteres de leyenda libertadora, que se continúa escribiendo y que tiene repercusión mundial.

En medio de las magnas gestaciones de un nuevo mundo, en la febriciente agitación de las masas proletarias de todo el orbe, cual signo de las nuevas costumbres, de las modalidades de una convivencia social; en medio del lento trabajo de unificación moral, de formación de una nueva conciencia emergente de las nuevas necesidades, que precede a todo acto decisivo del progreso humano; cual simbolo concreto, condensación de aspiraciones y energías del nuevo modo de ser proletario en sus afanes de lucha y de conquista, surge la jornada del 1º de mayo.

Cada movimiento social tiene las manifestaciones periódicas de sus expansiones espirituales, de sus actos de propagación, de sus afirmaciones. Por sobre todo movimiento anterior que la historia recuerde, el proletariado tiene dado un paso de gigante en la conquista y la afirmación de sus destinos libres, simbolizado en este día de agitación y de lucha. El representa la unidad moral del vasto cuerpo de la clase obrera, que en distintos continentes, en diferentes situaciones políticas, en la república o la monarquía absoluta, expresa iguales protestas contra la misma injusticia de su situación; reclama los mismos derechos a la vida y al producto íntegro de su trabajo; declara la unión de los trabajadores de todo el mundo bajo la misma bandera de batalla.

Ningún movimiento revolucionario que recuerde la historia pudo lograr unir en una misma aspiración a los pueblos de tan diferente orígen. El proletariado debía tener tan sorprendente virtud, que en vano procuraron los movimientos políticos y religiosos. Y es que una misma condición económica y material une a la inmensa familia productora en la tarea universal de la producción; la misma aspiración nace de ella, e idéntica protesta se levanta del seno turbio de las legiones colosales del trabajo.

No se celebra una fiesta imposible en medio del clamor de la miseria y la injusticia; se proclaman derechos nuevos, se difunden rebeliones en las almas, se propaga la unión moral de todo el año, se llama a las filas a las masas indiferentes; se agita y conmueve a la turba despreciada para despertarla a la realidad oprobiosa de su condición para que se haga dueña de sus destinos y baje a la lid libertadora. No es, pues, un día de paz; es una jornada de guerra. Expresión y consecuencia de la lucha de todos los días entre productores y parásitos, no puede ser sino un símbolo de batalla, una bandera que guía a la acción fecunda y prometedora.

Ni fiesta vana y mundanal ni conmemoración funeraria. Día de propaganda, de lucha, de acción que hace latir en un mismo momento y por un mismo propósito al mundo entero, realizando la unidad moral humana por los superiores principios de la emancipación de todos los productores de la riqueza y bienestar.

No es la consagración oficial de la burguesía lo que le dá realce y significado; eso sólo lograría desnaturalizar su carácter profundamente revolucionario; es la dedicación y la consagración de los oprimidos que deben darle el alcance social que el porvenir reclama, con la creación de un nuevo vivir social basado sobre el dominio del trabajo sobre todo privilegio y título sin fundamento ni mérito alguno.

Saludemos esta aurora y renovemos los votos de una lid sin tregua por la causa de los oprimidos.

Afirmemos los derechos de nuestra clase sobre los privilegios injustos de su sistema que sólo nos proporciona el desprecio y la estrechez.

Y habremos cumplido con un deber que nos imponen nuestros intereses y las generaciones futuras, dignos de un porvenir mejor.

BELLAQUERÍA POLICIAL

Prohibición del mitin de la Confederación

Nuestra autoridad policial no ha querido hacer pasar este 1.º de mayo sin cometer un atropello. Acostumbrada a asaltar y matar en esta fecha, a mujeres, niños y ancianos, o a obreros desarmados e indefensos; recordando sus fastos criminales de los años no lejanos, que valieron méritos y progreso en la carrera a sus más fieles servidores, no se resigna fácilmente a pasar un año sin cometer una arbitrariedad. Si no se mata se molesta, se aprisiona o se prohibe tal o cual acto. La cuestión es demostrar el instinto de adversidad que los polizontes sienten contra los trabajadores conscientes., demostrar un espíritu pampa, aunque la institución está dotado de surtido de individuos de toda procedencia.

El año pasado cometió la compadrada — no es otra cosa — de prohibir el mitin de la Confederación, porque este organismo obrero quería celebrarlo en la plaza Once y la policía quería mandarla a celebrarlo en el bosque de Palermo... Pero el otro mitin se celebró en plena ciudad. Este año el maquiavelismo revélase más evidente.

Ya no se manda al bosque de Palermo a los trabajadores, situado al norte; ahora se les manda a Barracas, situada al sur... En la variedad está el gusto policial...

Veamos como sucedieron las cosas:

Como el partido socialista anunciaba su mitin, de la plaza 29 de Noviembre a la de Lavalle pasando por la del Congreso, y la Federación tenía anunciado el suyo en la de Rodríguez Peña, no quedaba libre ninguna plaza de situación conveniente para el caso, pues la del Once está clausurada por los trabajos del subterráneo, desde hace varios meses. La única plaza apropiada para el caso era la de Colón, y la Confederación solicitó el permiso correspondiente para celebrar el mitin en ella.

Pero no debía ser así. El Consejo fué citado por la policía de investigaciones, para ser notificado que esa plaza estaba cedida a la Federación, la cual varios días antes lo anunciaba para la de Rodríguez Peña, mientras la Confederación lo anunciaba en la plaza Colón.

En vista de eso, el consejo solicitó la plaza Rodríguez Peña. Pero no fué tampoco esto del agrado de la señora autoridad. El señor Foppiano — pues aunque figuren jefes de policía y jefes de orden social, son simples fantoches en estos asuntos, siendo él quien hace toda esta mazamorra — quería que la Confederación fuese a celebrar su mitin no en el bosque — es mandar... muy lejos a la gente — sino en la plaza Herrera (ya comienza a ceder terreno...)

Naturalmente, la Confederación no puede estar a las órdenes suyas, y no aceptó, viceversa de lo que hacen otras gentes que cambian de parecer respecto a la fusión, obedientes a sus indicaciones.

No sabemos con hojas de qué planta brindar a la ínclita institución y a sus períncitos directores de orquesta, pues el laurel es muy vulgar, y además es muy chico para premiar tan grande hazaña; solamente la hoja de zapallo podría coronar dignamente sus augustas sienes de pretorianos de los que los tienen a su servicio...

Pero ni esto ni mucho más impedirá la realización del programa y de la obra de resurgimiento, que lenta pero seguramente, viene desarrollando la Confederación en el seno del proletariado.

Nuestra Revolución

La revolución que prepara el proletariado, no es una revolución de cuartel ni una revolución de corte; es mucho más difícil y profunda, inmensamente laboriosa, y por eso tarda en llegar, aunque hace muchos años que viene, por el lento trabajo de las cosas y la intensa agitación de las organizaciones proletarias.

Una revolución de cuartel, es una revolución teatral, sangrienta y todo cual tragedia, pero teatral al fin; una revolución política lo mismo, aunque es menos sangrienta y más teatral; pero una y otra se confunden, porque si bien de origen diferente, la de cuartel se hace política, puesto que por la política es motivada, y la política se hace de cuartel al pedir el nuevo gobierno el apoyo del ejército.

Nuestra revolución es la revolución de la fábrica, del taller, de la mina, de la cantera, del ferrocarril, del puerto, del buque, del campo de cultivo, de todos los lugares donde se crean las riquezas, el bienestar y la abundancia, y de todos los sitios de tránsito y traslado de esa corriente benéfica que nace en el trabajo.

Esta revolución no llama a los pueblos a las armas, al matadero, para levantar nuevos poderes y entronizar nuevos amos; llama al proletariado a sus organizaciones, para que se capacite, para que prepare su emancipación, para que levante, más alto que la montaña, a la dignidad soberana en un gran concierto productor, al trabajo, al creador de todo; para que se abata la miseria y la opresión, la ignorancia y el vicio.

Esta revolución no nace de las ambiciones de un hombre o de un partido; surge de las necesidades de una clase numerosa, factor de todo progreso y de todo avance. El mismo desarrollo capitalista hace cada vez más necesaria esta revolución.

Las máquinas ocupan el lugar de los obreros expulsándolos del trabajo y sustituyéndolos gratuitamente. El vapor y la electricidad reemplazan a la fuerza de los músculos. Hasta la fuerza de los animales, tan barata, por cierto, no conviene al capitalismo, que sustituye al caballo con el motor, al carro con el automóvil. El obrero está demás. Es algo que va sobrando. En todas partes, hasta en los países nuevos de América, donde todavía se están fundando y desarrollando las poblaciones, ya hay desocupados. Mañana, cuando se haya llegado al grado máximo del progreso burgués, las máquinas trabajarán y los hombres poco tendrán que hacer. ¿Perecerán de hambre? No es posible. Pero el sistema actual no garante a ningún obrero su subsistencia; luego entonces no hay más que una solución revolucionaria: la revolución de la fábrica, de la mina, del campo; nuestra revolución; la conquista de la maquina, de la tierra, de todos los medios de producción por los productores.

Para este objeto el sindicalismo levanta las organizaciones de resistencia, agitándolas y preparándolas para la lucha y para la solución final del magno problema social, que hasta ahora fué encarado por todos, gobiernos, hombres de ciencia, congresos de sabios, y que nadie pudo resolver, porque la única solución es la que pueden darle los productores mismos, con su fuerza y su capacidad, apoderándose de los instrumentos de trabajo haciéndolos propiedad de los sindicatos revolucionarios, inteligentemente concertados y unidos entre sí, para producir todo lo necesario para la existencia humana en una organización de trabajadores libres, donde no haya explotados, ni explotadores, oprimidos ni opresores; donde todos los seres aptos tengan el deber de trabajar para vivir.

Esta es nuestra revolución y a esto llama el sindicalismo al proletariado consciente.

Alcides ATAHUALPA

EL MILITARISMO

El actual régimen social dividido en clases de poseedores y desposeídos, tiene la razón de su estabilidad en la violencia de los primeros para con los segundos. La fuerza que oficia el ejercicio de la violencia, imponiendo el derecho burgués sobre el proletario, erigiendo en los altares de las patrias el dogma sagrado de la propiedad privada y la explotación tiránica de la clase capitalista, está representada por el militarismo.

Pero por una aberración milenaria que se ha mantenido a través de los siglos, la fuerza real del poder militar la constituye el proletariado por enorme mayoría en las legiones de ejércitos bajo las órdenes inmediatas de profesionales en escalafón de rangos y títulos que obedecen a su vez al estado, regulador del equilibrio social presente basado en el capitalismo.

El tributo personal que los trabajadores se ven obligados a prestar a la institución militar, es el más cruel sarcasmo que puede aplicársele, por cuanto, además de servir de instrumento de producción y carne de explotación en los campos, minas, fábricas y talleres, todo en provecho y a la mayor gloria de la rapiña burguesa, son arrancados de sus hogares para formar como autómatas en los ejércitos destinados a una obra violentamente opuesta a sus intereses de clase y dignidad de hombres.

La disciplina militar significa la relajación de todos los sentimientos más puros del hombre, puesto que borra la propia personalidad para dar lugar al fantoche que anda y se mueve con la voluntad del galoneado mandón, sin permitírsele la más leve chispa de individualidad, pues para estos casos rige implacable el terrible código militar con penas cuya ferocidad aventaja a la de las fieras.

Así, por la imposición del terror se mantiene uniforme la cohesión de los ejércitos, haciendo de ellos una fuerza formidable que interviene lo mismo para amordazar la rebeldía de los trabajadores, que ya hemos dicho son los que dan el contingente mayor al militarismo, como para emplearla en todas las aventuras de expansión o defensa del poder capitalista.

De aquí surgen casos que son verdaderas abominaciones. En efecto, ¿hay algo más horrible que las tragedias resultantes de la intromisión del ejército en las luchas entre capital y trabajo, donde el conscripto, obrero de ayer y de mañana, obedeciendo la orden superior de los saqueadores del trabajo proletario, debe esgrimir las armas homicidas contra sus hermanos de clase, hundiendo las bayonetas en pechos que son, quizás, sus amigos más queridos y fusilando a mansalva a esas multitudes hambrientas de explotados que se declaran en huelga pidiendo un poco más del pan que le han robado?

¿Puede suponerse algo más incongruente que la actitud de esos concriptos sustituyendo en los movimientos reivindicativos a sus hermanos de miseria y amparando con la violencia de sus armas a los traidores, vulgo «carneros?»

¿Con qué espantosa pesadilla puede compararse la situación del proletario militar en las guerras, donde siempre defendiendo el privilegio y la rapacidad de sus verdugos, ha de desencadenarse como un huracán de muerte que pulveriza, pilla, devasta y saquea los hogares y vidas de otros proletarios?

La razón se oscurece al pensar tantos horrores, que hacen del militarismo un monstruo quimérico chorreando sangre sobre campos y ciudades de cadáveres, alumbrado por el resplandor siniestro de mil incendios.

*
* *

Una acción antimilitarista emanada del propio seno de las organizaciones sindicales se impone, y, nada más eficaz para este propósito que el robustecimiento de la clase obrera. Nadie mejor habilitados que los sindicatos para ésta obra, por ser ellos los focos más intensos de la rebeldía proletaria, en revuelta permanente contra el régimen que produce aberraciones tan monstruosas como el militarismo.

La conciencia de clase que elabora el sindicato y sus luchas contra el patronato y el estado es la que irá despojando los prejuicios inoculados por la educación burguesa en forma de sentimientos patrióticos y respeto hacia las instituciones militares.

La necesidad que congrega a los obreros en los sindicatos de resistencia para la defensa de sus intereses de clase, los vincula moral y materialmente por la lucha de todos los días contra el mundo de la explotación, lo que acaba por traducirse en una guerra tenazmente eficaz llevada a todos los campos de la sociedad capitalista y las instituciones que, como la militar, son las fortalezas en que se apoya.

Y es precisamente ese sentimiento de clase, elaborado en el proletariado por su actuación en los sindicatos de resistencia, el que hay que difundir en las filas del ejército, destruyendo la disciplina, poniendo de relieve constantemente la ignominia del militarismo como escuela de asesinato legal y la horrible misión que desempeña en tiempo de paz como en tiempo de guerra para subyugar, víctimas exacrables, a los desheredados de la sociedad.

El sindicalismo, con su propaganda y acción anti-militarista, provocará esos gestos heroicos del proletariado conscripto que irá cortando las garras de la gran bestia sanguinaria, anulándola como instrumento de clase hasta herirle de muerte y terminar con su completa desorganización.

L. Trystán VAGO

SINDICALISMO

La concepción que tienen los Sindicalistas, de la naturaleza o mundo cósmico, y de la sociedad o mundo artificial, es la expresión fiel de la realidad.

El hombre primitivo, obedeciendo a sus necesidades, buscó en la naturaleza los recursos o elementos necesarios para satisfacerlas. En esa tarea de la vida ha ido alejándose de la naturaleza, o más propiamente dicho, ha ido envolviéndose en un medio artificial (social) cada vez más complejo y más perfecto, a medida que éste suplía y reemplazaba a la naturaleza, al facilitarle los recursos y los elementos necesarios para satisfacer sus necesidades siempre crecientes y multiplicadas... Y así la forma de la sociedad ha ido poniendo de relieve el grado del traspaso de una vida «animal» a una vida cada vez más «humana».

Encontramos al principio de todo, la «acción», y así el hombre ha ido construyendo su propia historia.

En esa concepción de la sociedad, no tiene intervención ni Dios ni la naturaleza. El hombre y los hombres, después han ido, por medio del trabajo, aplicándolo a la naturaleza, echando las bases de una sociedad que ha ido presentando mayor progreso y civilización, a medida que más dominaba la naturaleza y se envolvía en una sociedad cada vez más rica y más perfecta.

Su medio económico social creado por el trabajo del hombre en un principio, era un factor coadyuvante de sus aspiraciones y de sus realizaciones, hasta que nuevas necesidades e ideales le obligaban a transformarlo por otro más perfecto y más civilizado que se adaptara mejor a la nueva vida que iniciaba.

En ese trabajo técnico perfeccionándose cada vez más, está la explicación y el modo como ha ido saliendo de una existencia animal y alcanzado la existencia humana que disfruta en la actualidad y en ese proceso de su vida social, puede observarse que su libertad guardaba relación íntima con el medio social construído, y que para conquistar una libertad mayor se veía en la necesidad ineludible de transformar el medio social. Es adaptándose y después destruyendo ese medio y creando otro que consultara mejor sus nuevas condiciones de vida social, que ha podido ir avanzando en su camino de progreso intelectual, moral y económico.

Sus transformaciones y perfeccionamientos no se han realizado por una vía ideológica, sino por un proceso económico social complejo en transformación continua e imposible de seguirlo y conocerlo íntimamente desde el exterior.

La concepción social de los intelectuales que habitan en la clase capitalista y dominante, y con ellos los políticos parlamentarios socialistas, es que el pueblo productor saldrá de su condición de asalariado por una vía ideológica, artificial, política...

Se formulará una teoría o doctrina, se propagará por medio de la clase pensante, y el pueblo trabajador incapaz y sin libertad, al contacto con aquélla, se transformará y adquirirá la capacidad y la libertad que necesita para su bienestar y felicidad.

En esa concepción no interviene para nada el medio económico social.

Según la concepción social sindicalista, toda aquella labor de los intelectuales burgueses y socialistas propagando la doctrina «regeneradora», es completamente estéril y vana, pues no es posible darle al pueblo trabajador mayor libertad, justicia, etc., de la que disfruta en la actualidad, mientras no se transforme el medio social. Este es el que se opone a que el pueblo obrero se emancipe.

El capitalismo ha creado este orden económico-social a su imagen, y la sociedad actual es el reflejo fiel de la forma de la producción. En el taller, usina, el trabajo social se realiza con dos clases, una patronal y otra asalariada, lo que ha dado lugar a la formación del Estado con dos clases también, la una pensante y la otra trabajadora, o más exactamente, la una dominante y la otra dominada.

El Estado es una resultante y no una causa; de aquí que no es él el llamado a emancipar a la clase asalariada, pues él ha sido creado por el capitalismo para fomentarla primero y después para mantenerla. El Estado no puede ir ayudando a la clase obrera en sus propósitos de emancipación, sin conspirar contra su propia existencia.

Esto es lo que deben y necesítan conocer los trabajadores inteligentes y deseosos realmente de libertarse de su condición inferior de asalariado. Aquí está la causa y la explicación de la supremacía social que practica y usufructúa la clase capitalista.

Cada orden social formado de clases, concede a la clase dominada (léase obrera) una cantidad de libertad, justicia, igualdad, etcétera, compatible con la existencia y condiciones sociales establecidas, y por esa razón no le es posible, sin conspirar contra su propia existencia (léase privilegios), permitir que la clase obrera adquiera una capacitación, una moralidad, una libertad que no le permita ni tolere a la clase capitalista dominante que continúe «dirigiéndola» y explotándola. La clase asalariada no puede dentro de este orden social continuar desenvolviéndose. La clase dominante concederá todas aquellas reformas, franquicias, etc., que le permita el orden económico social actual. De aquí que alcanzado por la clase asalariada el límite de concesiones que puede acordarle la clase capitalista, se encuentra delante de este dilema: o se detiene, lo que significaría su paralización, su estancamiento y su muerte, como clase transformadora, o se prepara y se capacita para deshacer este orden social y crear otro en que pueda continuar el desenvolvimiento de su vida social.

Queremos decir que al capitalismo, dentro de este orden social, no le es posible acordar mayor capacitación, libertad, justicia, igualdad, etc., a la clase de los productores. Por eso resulta una ilusión o utopía la obra de los intelectuales de la burguesía y de los socialistas parlamentarios al pretender defender este orden social y afirmar que luchan por la emancipación de la clase asalariada.

Para dejar demostrada la verdad de esa concepción social, nos basta tomar a las personas en su vida real, desenvolviéndose en cualesquiera de las condiciones económicas siguientes: funcionario público, comerciante, industrial, etc. Cada uno de éstos, propiamente, no se considera formando parte de la sociedad, sino separado de ella, como un «todo» frente a ella, y obligado por una concurrencia feroz, se ve en la necesidad de defender y aumentar sus intereses individuales, lo que no le permite cultivar y desarrollar sus cualidades morales, su solidaridad con los demás, sino por

el contrario, se ve en la dura necesidad de engañar, explotar a los demás para poder él prosperar.

Tómese también al jefe de fábrica, usina, etc., y se verá que él se encuentra absorbido por la defensa de sus capitales y de sus ganancias, y a este fin se ve obligado a explotar a sus asalariados y a sus consumidores.

El mismo funcionario público, se considera en el derecho de usufructuar para sí el puesto que desempeña. Este acto de la vida de trabajar para la colectividad, sería el más noble si el capitalismo no lo hubiera corrompido.

Podría seguir con los ejemplos para demostrar que si las personas no se moralizan más, no aumentan su carácter, su dignidad, su abnegación, etc., la causa y la explicación está en que el medio económico-social impuesto por el capitalismo no lo permite, y de aquí la necesidad y la justificación de transformar por la única fuerza social, que históricamente es llamada a realizar ese cambio, esa transformación: la clase de los productores. El sindicato obrero tiene por misión histórica, el comenzar gradualmente por reclamar mejoras de la institución patronal, y en esforzarse por intervenir en la dirección y organización del trabajo.

Cada vez que disminuye las atribuciones autoritarias del patrón, la asociación de los trabajadores adquiere más moralidad, más capacidad, más libertad... Y ese hecho reproducido en los campos de la producción, da origen a la lucha de la clase obrera con la clase capitalista... Y ese mejoramiento paulatino, gradual, de toda la clase asalariada, es el comienzo de su emancipación económica, moral, intelectual.

La revolución obrera, viene así a resultar de una serie continua y progresiva de reformas en sus condiciones de vida como trabajador social... Es la mayor participación en la dirección y organización del trabajo colectivo, que al ir libertándolo del yugo capitalista, va dándole al trabajo servilizado por aquél cada vez más libertad y más dignidad.

Note el lector que en esa lucha de clases en el terreno económico, la clase asalariada, a medida que lucha y avanza y conquista mayores derechos y libertades, adquiere también mayor capacidad, mayor moralidad y acentúa entre los miembros de su clase mayor solidaridad, iniciando así la unión moral de los productores.

En esa lucha de clase de los productores, a medida que se la profundiza y se orienta uno en ella, nota que la revolución social culminará en el momento histórico en que los productores se sientan capaces y fuertes para organizar y dirigir el trabajo colectivo, sin necesidad de la autoridad patronal... Entonces se habrá realizado este hecho revolucionario, que los productores «libres» y «capaces» cumplirán con su «deber» social, por propia espontaneidad y convencimiento, fruto de un tipo muy superior al presente, y no como pasa en la actual sociedad capitalista, por imposición patronal con todo su cortejo de penas y de miserias. El trabajo se habrá emancipado, se habrá dignificado, y el que lo desempeñe no lo hará como en el presente, maldiciéndolo, renegando de su vida.

Es realizando la lucha de las clases en el campo del trabajo entre productores y capitalistas, es siguiendo ese complejo proceso económico-social que se educará y organizará la clase de los productores, con lo que realizará su emancipación y con ello la de la humanidad.

Por ese proceso económico-social se realizará la solución de la cuestión social y no desde el Estado, por una legislación que no hará sino embrollar y confundir la lucha de clases, demorando su solución.

La intervención del Estado en la lucha de clases, se limita a darle a una, en perjuicio de la otra, cuando no perjudica a ambas...

La intervención del Estado entorpece y detiene al capitalismo en su desenvolvimiento progresivo, mientras que realizando la revolución por el proceso económico, se deja libertad al capitalismo para que continúe su misión histórica de creador de riquezas y a la clase de los productores también se le deja en libertad para que se capacite, se moralice, se ejercite y se prepare para tomar la dirección y organización del trabajo social, cuando éste no consienta más una dirección o dominación patronal.

El capitalismo habrá llenado su misión histórica en la vida de los pueblos y habrá preparado las bases de un nuevo orden social, sobre las cuales la clase de los productores, organizada y capacitada, deberá realizar un trabajo social, dirigido por los sindicatos sin necesidad de la dirección patronal.

J. A. ARRAGA

¿QUÉ HACER?...

Una crisis espantosa había hecho explosión en todo el país. Las ciudades arrojaban por sus arterias principales los hombres sin trabajo; las estaciones de ferrocarriles despedían, de sus bocas gigantescas, columnas interminables de seres humanos que huían despavoridos de la campaña, donde la crisis había hecho verdaderos estragos y el hambre clavaba audaz sus garras en las entrañas del campesino.

La campaña, la diosa de todos los poetas, el sueño dorado de todos los especuladores, había dejado de ser una vez la matrona gigantesca y fecunda que el periodismo mercenario divulgara de un continente a otro a fin de atraer el germen fecundante del trabajo productivo de enormes falanges de campesinos.

Como en todos los países, la tierra de por sí no valía nada. El brazo productor chorreando sudores en el surco daba a la tierra la savia, la sangre que la alimentara. Y la campaña, que se ofreció al principio al que la fecundara, por virtud de los especuladores, trocóse en exigente, ifisaciable.

La crisis que con furor salvaje abrazó al país, tenía su explicación en la inversión de las cosas. Los arriendos de las tierras alcanzaban sumas fabulosas; el sistema de contrato adquiría modalidades nuevas, inconcebibles, mientras los latifundistas, dueños de leguas y leguas de campo percibían en las grandes ciudades de Europa y América el beneficio que sus tierras arrancaban al hombre que la cultivaba.

La vida había llegado a un punto inaguantable. Cuanto más trabajara, cuanto más exhausto quedara el cuerpo del campesino, tanto menor era el beneficio. Su energía productiva debía convertirse en provecho, que luego el capitalista, dueño de las tierras, percibiría. Tanto mayor era la riqueza de éste, cuanto mayor la pobreza del primero. El sentido progresivo de la situación de uno se operaba mediante la progresión en sentido inverso del otro. El hambre, la miseria a último grado en el hogar del productor. La riqueza, el brillo fastuoso del esplendor en el palacio del rico, del dueño de las tierras.

. . . .

Como síntesis, condensación de un estado general de las falanges trabajadoras del campo, presentábase a nuestros ojos un hogar de campesinos.

Se hablaba entonces de rebeliones agrarias, huelgas de campesinos; asaltos e incendios de parvas, y la prensa que había cantado odas a la vida del campo, al bienestar y libertad del campesino, no podía explicarse un movimiento de ese género...

Deseosos de interiorizarnos de la situación real del campesino, satisfechos de ver colocados por su acción a la categoría de una clase social al proletariado rural, recorríamos las chacras totalmente abandonadas, no obstante ser la época de la cosecha.

El clamor de la prensa tenía su justificativo. Los campos abandonados, ofrecían el espectáculo de ingentes sumas de dinero que el capitalismo perdía y esto no podía ser ocultado.

Cuando el cansacio y la sed nos asedió en medio del campo, mientras los rayos solares como una lluvia de fuego caían sobre nuestras cabezas, dirigimos nuestros pasos en dirección a un rancho que a lo lejos divisábamos, donde el corazón sencillo y generoso del campesino accedería a nuestro pedido de hospitalidad...

* * *

Una mujer joven, prematuramente envejecida, nos alcanzaba un jarro de agua mientras nos invitaba a cobijarnos en su «pobre rancho» para librarnos de los rigores de la calor que amenazaba asarnos en el camino...

Aparte del deseo de tomar un poco de sombra, la curiosidad nos movía a aceptar sin rodeos la invitación...

Frente a frente, mi acompañante y yo, tomamos asiento en el interior de un cuartucho, al parecer dormitorio de los habitantes del rancho.

La joven mujer, cuyas huellas de dolor y sufrimiento no ocultaban las arrugas de la cara, pesarosa, triste, pero complaciente, inició la conversación:

—¿Han visto ustedes las chacras con trabajadores?

La pregunta, espontánea, casi familiar, hecha con un ansia estraña, obligaba nuestra respuesta categórica. Ella fué la que nuestros ojos habían visto.

El silencio reinó entre los tres, mientras el cuadro que nos circundaba abarcaban nuestros ojos. La miseria tétrica como un fantasma se nos ofrecía en medio del cuarto rodeado por unos cajones que servían tanto de lecho como de mesa. En un rincón, un montón de bolsas presentaba un aspecto extraño, y mientras nuestra curiosidad se manifestaba insistente por el montón misterioso, un arranque de dolor, entre el odio y el llanto que asomaba a los ojos de nuestra interlocutora, rompió el silencio.

—¿Qué hacer?... Ese es el resultado que nos espera, eso es lo que debían haber hecho desde mucho tiempo ha para librarnos de la desesperada situación en que nos encontramos.

Y entre los sollozos y la angustia que la ahogaban, murmuraba frases incomprensibles.

—En aquel rincón — exclamó entonces con furor — donde ustedes dirigen sus miradas, como un perro, duerme sobre las bolsas y cubierta por las mismas, una criatura de pocos meses. Ocho años hace que hemos venido, mi esposo y yo, a este país, atraídos por las promesas y las ilusiones de hacer riquezas. Ocho años continuos de trabajos, de desvelos, siempre en este mismo sitio, sin poder todavía haber reunido la escasa suma que se necesita para adquirir una cuna... Ocho años, uno tras de otro, trabajando sin cesar, para concluir mi esposo por disparar de la justicia que lo condenaba por ladrón, por tramposo...

Con un desgarramiento del alma, llevándose las manos deformes por el trabajo a la cara inundada en lágrimas, recostó su escuálido cuerpo contra la insignificante puerta de entrada.

Comprendiendo el significado de aquella protesta, respetando el dolor de aquella madre y esposa, permanecimos silenciosos ante el llanto que la consolaba.

—¿Qué hacer?... Si los campesinos no se sublevan, no abandonan los campos, no reclaman sus derechos y no se hacen retribuir su trabajo, concluirán todos por el lado donde hemos concluído nosotros. Mi esposo, debiendo, después de ocho años continuos de trabajo a todos los comerciantes, que junto con los propietarios de la tierra le han llevado toda la ganancia, para concluir por disparar como un bandido, un ladrón o un asesino, por el campo, a fin de librarse de la ley que ampara el capital y condena el trabajo. Mi hogar, reducido a un descanso para los perros, antes que seres humanos. Pues hasta los escasos muebles con que contábamos al llegar a esta región hemos tenido que empeñarlos para comprar el pan, reduciendo nuestra mesa, sillas y lecho a varios cajones...

—¿Qué hacer?...—

Como un grito de dolor, de angustia, hallaba su eco en nuestros oídos y la protesta del proletariado del campo, la sublevación de esa masa sumida en el olvido y la ignorancia, adquiría ante nuestros ojos contornos rojos, como una aurora del despertar campesino.

Alfredo DORION

La organización ferroviaria

El numeroso personal de los ferrocarriles, cansado de promesas, acosado por las necesidades, acaba de abandonar su indiferencia musulmana para entrar en el terreno de la lucha de clases. El deseo de lucha franca y abierta iniciado poco tiempo ha por un grupo reducidísimo de obreros, ha encontrado en todas partes entusiasta acogida. Este hecho ha de haber sorprendido a más de uno, y podemos decir que los iniciadores, que como en todas las cosas son impulsados por una visión muy optimista, ha ido más allá de sus esperanzas.

Recién en junio va a hacer un año y medio de la iniciación de los trabajos para constituir una federación, y desde ya la federación puede considerarse un poder. Los núcleos organizados son muy numerosos, existiendo entre ellos una perfecta unidad de propósitos.

En breve se piensa efectuar un congreso nacional de ferroviarios para establecer las bases definitivas de esta nueva federación.

La tarea de esa organización es compleja e importante. La complejidad está en la naturaleza de la industria, la inmensa división técnica y jerárquica, la extensión que abarca y la diseminación del personal, todos obstáculos para la organización y la solidaridad. A esto hay que agregar la transcendencia económica y política de esa industria que como alguien ha dicho, constituye el sistema nervioso de la sociedad, determinando al estado y a toda la clase conservadora a obstaculizar la organización sindical de los empleados ferroviarios porque ven en ello un peligro para la tranquilidad pública, ya que a su decir, los ferroviarios bien organizados serían dueños de vida y hacienda de la población, porque ésta necesita del transporte como la vida individual de la circulación de la sangre.

Por esta razón, los empleados ferroviarios, a pesar de que los ferrocarriles del país son propiedad de un puñado de accionistas extranjeros, tendrán que luchar, no sólo contra las empresas, sino también contra toda la burguesía nacional y la opinión pública, porque ésta, en el noventa y nueve por ciento de los casos, no es más que la opinión burguesa enmascarada.

Tan cierto es lo que decimos, que casi todos los movimientos reivindicatorios de los ferroviarios, tanto en el país como en el exterior, han sido aplastados a pesar de la fuerte organización y el espíritu revolucionario de que han dado pruebas en más de una ocasión. Una prueba palpable de que el gremio ferroviario tiene que luchar contra toda la clase burguesa en todos los países, la ofrece el Estado—el representante de los capitalistas—que siempre ha apoyado no sólo a las empresas sino que se ha esforzado en subyugar a los ferroviarios. Si no recordamos mal, fué a raíz de la huelga ferroviaria que el político Briand declaró con todo cinismo que si los medios legales no hubieran sido suficientes para mantener el orden—aplastar la huelga—habría hecho uso de medios ilegales. Y que ésta no es la manifestación individual del renegado Briand, lo prueba hasta la saciedad la actitud de Giolitti, Canalejas y Ramos Mejía, que en nada difiere de la actitud de Briand.

Pero todas estas oposiciones contra los ferroviarios, todas las dificultades que se oponen al desarrollo de su organización sindical, debe obligar a todos los revolucionarios sinceros a secundar el esfuerzo que los ferroviarios vienen realizando en pro de la organización.

Han existido organizaciones ferroviarias y algunas de ellas han escrito páginas muy gloriosas en los anales del movimiento obrero argentino, sosteniendo luchas que fueron verdaderas epopeyas. Pero de las organizaciones habidas ninguna ha encarado el problema ferroviario con toda la amplitud precisa. Todas ellas, no sabemos por qué razón, en vez de abarcar toda la industria ferroviaria, se han limitado a una localidad o a un departamento.

De este modo, al limitarse a una parte, limitaba a la vez su fuerza y su éxito. No abarcando el gremio, mal podía resolver el problema ferroviario. Por otra parte, aún admitiendo que la organización fragmentada puede realizar la obra, hay que reconocer que una organización así constituída produce un derroche inútil de energías.

La organización ferroviaria ha de ser nacional, ha de abarcar toda la industria para tener probabilidad de éxito. La organización así concebida ofrece, a parte de una mayor probabilidad de éxito, una mayor facilidad para la educación sindical; la organización por industria extirpa el estrecho sentimiento corporativo, desarrolla el sentimiento de solidaridad y acelera la formación de la conciencia de clase, el verdadero espíritu revolucionario del sindicalismo moderno.

Y la nueva organización ferroviaria tiene, a nuestro ver, ese mérito excepcional de encarar el problema en forma amplia, que si no sufre alteraciones ha de permitir a este numeroso gremio salir una vez para siempre de las condiciones de esclavos.

Porque, a la verdad, la situación de los ferroviarios no puede ser más crítica ni penosa. El desarrollo de los ferrocarriles, el creciente tráfico que en pocos años ha multiplicado el valor y los beneficios de esa industria, en nada mejoró las condiciones de los obreros y empleados ferroviarios, agente fundamental de ese progreso.

Los salarios han permanecido estacionarios, a pesar del progresivo aumento de los medios de subsistencia. Un trabajo lleno de peligros, un trabajo penoso que obliga al hombre a funcionar como autómata por exigirlo en parte la índole de la industria, agravada con la imposición burocrática y estúpida que confunde a los obreros con soldados, es remunerado en forma mezquina y miserable. Basta considerar que un guarda tren percibe un salario inferior a un guarda de tranvía para formarse una idea de la situación de los empleados de la industria más floreciente, poderosa y protegida del país, como es la industria ferrocarrilera.

A esta situación deplorable y angustiosa se debe el surgimiento de la actual organización. Los ferroviarios, aleccionados por la miseria, por una vida de sacrificios y penurias, ansiosos como todos de bienestar, viendo que la época de los redentores no ha existido ni existirá para ellos, inician solos la redención de sí mismos, confiando en sus propias fuerzas, en su propia voluntad y en la solidaridad de todo el proletariado, que los acompañará en las emergencias difíciles.

Y mientras subsistan las condiciones deprimentes, mientras el esfuerzo de esa inmensa falange de trabajadores sea tan exiguamente remunerado, las represiones de las empresas, la prédica mentirosa de los grandes diarios sobre la riqueza y economía nacional, las promesas como las amenazas del gobierno, no han de detener el avance de la organización ferroviaria.

Sepan los ferroviarios seguir la marcha emprendida, comprendan la importancia de la organización y veremos el cambio profundo que han de producir en sus condiciones y en las condiciones generales del país. Que aprendan a conocerse así mismo, a su propia fuerza, a manejarla en su provecho, y veremos cómo ningún poder podrá contrarrestarlos.

¿Sabrán los ferroviarios cumplir con su misión? ¿Son ellos los iniciadores del resurgimiento de la organización sindical? Si así fuera, el hecho sería un tanto curioso, pero muy fácil de explicar. Los ferroviarios, bajo el punto de vista de la organización sindicalista, son jóvenes y es sabido que la juventud siempre ha sido la iniciadora de todas las acciones grandes y heroicas. Y si la organización ferroviaria es el anuncio de un despertar general, sólo deseamos que los demás trabajadores, imitando a los ferroviarios, procuren corregir los defectos anteriores y traten de proceder con un concepto más amplio, tal como están haciendo los ferrocarrileros.

Así, aún cuando el actual movimiento ferroviario no fuera coronado por el éxito, siempre habría tenido el mérito excepcional de haber estimulado a los demás trabajadores a la organización, a la lucha.

Pero los ferroviarios no fracasarán; anhelan luchar y ese anhelo nos parece que es la intuición de su próxima victoria.

Francisco ROSANOVA

Con motivo de la victoria Socialista

REFLEXIONES PARA ESTE 1.º DE MAYO

Los obreros sindicalistas tienen una plena conciencia de cuál es, en realidad, la importancia de la victoria obtenida por el Partido Socialista en los comicios últimos. Por eso casi parecerá superfluo repetir aquí que con ella y con sus resultados parlamentarios, no corren ni un remoto riesgo el privilegio de la burguesía, ni menos la solidez de sus instituciones. Casi nos atreveríamos a sugerir que por esta contingencia electoral los sentimientos y los intereses de la clase dominante han de resultar servidos en extremo.

Es indudable, que lo que ha triunfado no es un principio revolucionario; podemos afirmar fuertemente que el criterio de clase no juega aquí ningún papel. Aún mismo, el candidato «socialista» — como una expresión antiburguesa, anticapitalista, si ello fuera posible — hubiera alcanzado tal vez a la décima parte de ese asombroso cociente electoral. A este éxito circunstancial,— que podría no repetirse en toda la amplitud de hoy en un futuro próximo,—han contribuído diversos factores, imprevistos unos, más o menos descontables los otros. Entre ellos podrían ser citados: el voto secreto; el obligatorio,—de eficacia sobre ciertos elementos;—la ausencia de partidos orgánicos correspondientes a una realidad de intereses armónicos o correlativos; el descrédito progresivo de la administración, inspirador en todos los espíritus, — conservadores, liberales, progresistas, — de un anhelo de pureza, que es hoy una verdadera «necesidad nacional», y, finalmente, la actuación de los representantes socialistas en las últimas sesiones, tan contradictoria, si se quiere, con la substancia fundamental de la doctrina, pero que también concurren a prestigiar los procedimientos del Partido Socialista, y conquistarle numerosos «electores».

La ideología proteica de los dos diputados—queremos insistir brevemente en este hecho—aunque pueda aparecer antitética, sirve admirablemente los intereses de la propaganda y tiene por resultado reclutar elementos en todos los campos, aún los más diferenciados en intereses, en criterio o en aspiraciones. De un lado, el sentimiento nacionalista, es halagado; toda una juventud imbuída de conceptos exclusivistas y patrióticos, es arrastrada por el leader «brillante», personalista, volteriano, que se ríe de todas las convenciones del partido y que rehace victoriosamente el socialismo adaptándolo a sus conveniencias personales y a ese **criterio especial**, que le es propio; del otro, la actuación osada del más consecuente diputado, tratando de moralizar en el medio corruptor de la administración y pregonando la realidad de los bien entendidos intereses nacionales, conquista las simpatias indistintas y prepara el gran triunfo.

Al reclutar sus elementos de victoria, en un ambiente tan promiscuo e indefinido, el Partido Socialista, contrae como es general el ejemplo, y consiguiente, la obligación ineludible de cuidar su victoria y conservar sus frutos. En ese sentimiento indistinto, confuso, que vive en el alma impalpable de las democracias y que consiste en un cúmulo de vaguedades, imprecisiones, incertidumbres, reside la fuente degenerativa del socialismo parlamentario. No existiendo un objetivo definido, ni una opinión esclarecida de las substancias doctrinaria en esa masa electoral, es lógico suponer hasta qué punto ha de ser dudosa la interpretación de los deberes y derechos respectivos entre elector y elegido, tanto más cuanto el género de estas relaciones es incuestionablemente de lo más impalpable e inmaterial que pueda concebirse.

Las consecuencias a que puede conducir este vínculo impreso, nos son ya conocidas por la experimentación recogida en los países europeos; en nuestro medio podrá ofrecerse ciertas variedades más o menos notables, pero la ley parece ser invariable, y de muy pocas excepciones.

No sería extraño que el futuro del Partido Socialista en el campo político, fuera una perenne lucha de adaptación, de esfuerzos permanentes realizados en el sentido de satisfacer por los procedimientos más contradictorios esa masa colosal de electores, a objeto de no perder uno solo de ellos.

En este juego, donde el P. S. sólo se ha de preocupar de sus conveniencias de agrupación política, la clase trabajadora tiene importantísimos intereses que custodiar, y que han de ser involucrados sin miramientos, como lo han sido ya en Europa, por los hombres del Partido Socialista.

El proletariado del país no puede desinteresarse del hecho nuevo, que importa la reciente victoria de los parlamentarios. Ella debe ser conceptuada como de una importancia excepcional, previendo la energía de los esfuerzos que para utilizarla con toda amplitud realizará indudablemente el Partido Socialista no sólo en el campo democrático, sino en el de la organización. El sale robustecido por el triunfo; material, económicamente; de hoy en adelante, una parte del dinero público, bajo el aspecto de dietas, irá a engrosar el tesoro de ese partido político. Esta circunstancia puede ser de gran valor, si se considera la eficacia que tiene el dinero, en el buen éxito de toda propaganda.

En consecuencia, los trabajadores que dan sus energías al sindicato y se mantienen libres de toda vinculación con las sectas y los partidos políticos, al objeto de conservar incólume la autonomía del movimiento proletario, no exagerarán si juzgan oportuno y prudente aprestarse a desarrollar una acción defensiva del mismo. Todo invita a contemplar este peligro para nuestras organizaciones, como real. Sobre todo, el Partido Socialista en la Argentina, careciendo de una verdadera opinión y crédito en la masa trabajadora, hasta hace muy poco tiempo, siente la necesidad de conquistarla. Esa opinión es de todo punto imprescindible para su labor parlamentaria del presente, y para su porvenir como partido. Para adquirir la sensación de esta verdad, baste recordar que el Partido Socialista, se ha expresado inescrupulosamente en ocasiones, como la emanación más pura y representativa de las aspiraciones proletarias, siendo en puridad de verdad, un núcleo electoral en cuya composición entran los más variados elementos, y que, por lo tanto, está inhibido de asumir esa representación. Sus hombres militantes — los dos o tres millares escasos que han evocado milagrosamente los 50.000 electores de los comicios últimos — y si no ellos, sus conspicuos, tienen la persuasión de cuánto importa a los intereses del partido, una aproximación mayor con las fuerzas reducidas — si se quiere, — pero efectivas del proletariado, a fin de subordinarla en condiciones especiales, quitándoles su autonomía y una acción secundaria o inferior correlativa a la parlamentaria.

Es inocuo persistir aquí sobre los graves peligros a que esta ingerencia del parlamentarismo en la vida y acción del movimiento sindical, puede dar origen, pero es, sobre todo, el antagonismo profundo de criterio acerca del valor de ese movimiento existente entre ellos y nosotros, el que no hay que olvidar un solo instante.

Toda la actividad del «obrerismo» parlamentario consiste en incursionar dentro de las organizaciones al objeto de conquistar adeptos electorales; esta labor se reviste, generalmente, de una intencionada propaganda que consiste, principalmente, en un disimulado y sórdido descrédito de los procedimientos puros y simples de coalición obrera. La consecuencia es la duda que penetra en el cerebro del prosélito miembro de la organización, en cuanto a las ventajas positivas de los procedimientos sindicales, a la que sigue una lamentable confusión, inteligentemente urdida, que se hace en él una vez que disipado el criterio de clase, ilustrativo y educador, entra a elucubrar dentro de las complejas concepciones democráticas, y de los programas más que utópicos de reformas estatales, conquistadas a raíz de ruidosos debates parlamentarios.

Tal es la amenaza de hoy, en un país donde todo respira el recuerdo de grandes victorias proletarias, fruto de la energía y de la conciencia revolucionaria de nuestra clase. Se inicia, tal vez, la era de los sofismas y de las invenciones de hechos históricos, excesivamente circunstanciados e irrebatibles. Y pudiera ser que, en breve, merced a un sistemático desprestigio de la acción proletaria favorecido por las críticas circunstancias que cruzamos, no fuera extraño que el Partido Socialista, asumiendo el papel heroico de gestor de los intereses históricos del proletariado de la república, se arrogue la gran obra realizada en los últimos años por los trabajadores del país, esa obra indestructible y propia cuyos resultados felices son la con-

quista por la acción directa de la jornada de ocho horas, inexistente aun en las leyes de las naciones donde la masa proletaria se nutre en el criterio reformista, y donde existen gruesas y activas representaciones socialistas.

Sería un deber, impuesto a la honestidad de las diputaciones del partido, el no olvidar un solo instante el origen de sus diplomas. Sobre todo, sería loable el que se compenetraran de esta verdad irrefutable: sus electores no son los representantes de las corporaciones obreras y revolucionarias, y, por lo tanto, no es correcto insistir de parte de ellas en presentarse como «genuina» emanación de los sentimientos y de las idealidades de los trabajadores del país, no organizados en comités electorales. Si tal actitud fuera posible en ellos, y no se empeñaran en jugar un papel comprometedor en el parlamento, como el de desautorizar las huelgas, activando así la represión burguesa que se ejerce preferentemente sobre las asociaciones revolucionarias que depositan su confianza en ella, el proletariado podría considerar con menos cautela los sonados triunfos del electoralismo socialista.

Pero, esta expectativa, que alguien podría juzgar ingenua, nos parece de improbable realización, a lo menos entre nosotros. Las personalidades que ingresan a la vida parlamentaria y las que ya han actuado en ella, en representación del Partido Socialista, son harto conocidas por sus tendencias y el carácter especial de su actividad en el movimiento, para que incurramos en un error tan grave de apreciación, como el de suponer que procurarán no inmiscuirse en la vida autónoma del proletariado, y, sobre todo, eludirán el dañarle en las circunstancias críticas que le crea su acción de clase, netamente revolucionaria.

Los ideales de estos hombres nos son harto conocidos. Tenemos en ellos, representantes típicos de un nacionalismo intransigente, enemigos a todo trance del internacionalismo obrero; universitarios que padecen una invencible repulsa hacia todo cuanto trascienda su origen proletario; patriotas que se apresuran espontáneamente a manifestar su odio implacable a las ejecuciones de los malvados que han derramado la sangre de indefensos trabajadores; que se sienten sobrecoger de horror a la simple lectura de un folleto antimilitarista; y tenemos, también, hombres «muy bien intencionados», defensores sinceros «de la causa», cuya labor perenne consiste en el intento de maniatar la libre acción de los trabajadores, extirpar sus procedimientos directos y eficaces; eregir triunfante el arbitraje y crear la confraternidad y el consorcio admirable de sindicato y comité electoral, adjudicando la dirección del movimiento histórico a los intelectuales del partido.

¿No puede haber también alguna incognita? — podríase interrogarnos.

No queremos adjudicarnos una infalibilidad que no corresponde a hipótesis del género de la que establecemos en este artículo. Nuestro propósito, es bien simple y claro, lo repetimos; y consiste en sugerir la adopción de algunas medidas prudenciales en el seno de la organización, cuyo beneficio es indiscutible para todos. Suponemos la existencia de una gran fuerza proletaria, en un estado de pasividad transitorio justificado por un cúmulo de razones que están en la conciencia de todos; y vemos, sobre los ya incontables peligros que han amargado el movimiento sindical, erguirse uno nuevo, que no nos es del todo desconocido, ni se presenta enteramente inopinado, aunque parezca prematuro.

Concientes, pues, de estos hechos irrecusables; conscientes, también, de la existencia de un criterio firme en los hombres de la organización acerca de las necesidades del momento, vertemos con un propósito solidario nuestras opiniones personales, al simple objeto de contribuir al mantenimiento de ese espíritu de independencia y de libertad que constituye la fuente inextinguible del movimiento revolucionario de los trabajadores, y que es (perdónesenos la redundancia), la condición «sine qua non» de la liberación del proletariado y de la destrucción del régimen de clases.

Y son, después de todo, francas reflexiones, muy oportunas a nuestro juicio para este 1.º de mayo de 1913, en que la colectividad parlamentaria celebra la gran «victoria» que deseamos, sinceramente, contribuya a esclarecer la efectividad de los sentimientos y de la idealidad socialista que nutren sus hombres, para que el proletariado pueda recoger aquí también una lección experimental y fehaciente acerca de las tan decantadas virtudes del parlamentarismo.

Tal es nuestro deseo.

L. B.

La Herencia del Veterano

Vivía en la desolación, sin que nadie se compadeciera de él, sin que en uno solo surgiera, por ventura, el reconocimiento de la deuda a que era acreedor aquel viejo heroe de las cruentas luchas del 65 que, llevado por el entusiasmo patriótico de sus tiempos y por imposición de las leyes, sin tregua, tal vez, sembró sobre los campos donde se desarrollaba la acción criminosa de ambas burguesías, los cadáveres de sus hermanos de la otra orilla de un río y que, por tributo, sólo tuvo más tarde la miseria y el olvido de sus compatriotas galoneados, que se hicieron dueños de una gloria errónea en un mundo estrecho y semi-salvaje, a expensas de los mártires de aquellas horribles jornadas, efecto de la brutalidad humana.

Había transcurrido a la sazón cuatro décadas. El mísero viejo de tez morena, de rostro surcado por hondas arrugas reveladoras de una larga existencia de peripecias, tenía por albergue los ángulos de los portales de una de las casas de los representantes de dios; de ese dios invisible e inexistente, en cuyo nombre los dogmáticos ejecutaron sin miramiento alguno, los crímenes más horrendos que registra la historia.

Sobre su cuerpo se ostentaba aun el rutinario disfraz, símbolo de la esclavitud disciplinaria, y en su encorvada espalda parecía soportar aun el peso de la mochila.

Al paso de los transeuntes, con manos temblorosa, erguía el viejo kepi. ¡La mendacidad, ese recurso vergonzoso de la sociedad capitalista, era la única herencia a su vejez!

Transcurrieron los años en la mayor miseria, viviendo solamente del mendrugo de la caridad.

De mañana, a la voz broncínea de las campanas, despertaba y acudía presuroso al llamado solemne, que ya se había hecho rutina en el alma vacía del ex-guerrero.

Pero, en tanto, los tiempos pasaban y la vejez aniquilaba su vitalidad. Había llegado el invierno; la temperatura cruda de una noche de julio había dado un aspecto de necrópolis a la ciudad. Ni un transeunte atravesaba las desiertas calles de la silenciosa urbe...

La mañana del 9 de julio las campañas dieron sus voces de llamada, pero el anciano no acudió. Como si esos instrumentos comprendiesen lo infructuoso del toque, repitieron sus llamados, pero en vano...

A la insistencia secular de esos voceros que con una tenacidad de veinte siglos siguen repitiendo sus convocatorias, contestó la indiferencia majestuosa del ferviente servidor de dios y de la patria, haciendo sospechar la rebelión de un alma...

Mientras en la calma augusta de una aurora que recién asoma, las campanas estrepitaban con bullicio de soberanas desobedecidas, rompió una alegre diana la banda de un regimiento que acudía a los festejos patrios a rendir homenaje a un presidente que vendió la tierra del país, confundiendo las vibraciones de sus notas, cuyos ecos se perdían en lotananza repitiéndose en los muros, que comenzaba a dorar el sol.

Y mientras las voces de la iglesia y del cuartel unían sus sones, el regimiento pasaba ante el cuerpo helado del veterano, sin que se inclinasen las banderas, sin que las armas se rindieran a su memoria, sin que ni un soldado doblase la cabeza para mirar al umbral en que yacía...

Las campanas siguen repitiendo sus llamados; los regimientos continúan yendo a las revistas patrias a rendir homenajes a los poderosos, y los soldados siguen muriendo en el olvido y el desamparo, después de haber vertido su sangre por la gloria y la riqueza de los magnates...

P. G.

La aviación y el proletariado

El hombre, dominador de la tierra y el mar, tuvo desde los orígenes más remotos veleidades de conquistas aéreas. Su imaginación, siempre en vuelo, quería arrastrar tras sí las varias arrobas del cuerpo humano, en sus fantásticos viajes a través de los espacios. No pudiendo durante mucho tiempo llevar a la práctica su cara ilusión, se conformaba con volar en clásicas narraciones, en novelas asombrosas o en fábulas infantiles. Los amantes contrariados por la tiranía paterna, afirmada en los prejuicios medioevales, huían veloces como el pensamiento, conducidos por corceles alados, aves enormes, extravagantes, maravillosas, que arrojaban fuego y humo por sus espantables fauces...

Pero el espíritu infantil y fantástico, tan temerario y superior, debía sufrir el desastre de su construcción irreal y sentir la superioridad del espíritu práctico, que es el verdadero espíritu creador.

Mientras durante miles de años aquél nada produjo, sino ilusiones y vano entretenimiento, y extravío de la conciencia humana, empequeñecida ante lo imponente de las maravillas descriptas, éste colocaba el espíritu humano por sobre las fuerzas y elementos naturales, llevando de la fábula a la realidad las proezas legendarias de las estupendas fantasías de la imaginación árabe.

Hoy, si no las bestias aladas, las aves mecánicas cruzan los aires, y los amantes, en nuevos raptos de extravagancia (propias del genio yanqui), van a celebrar en globo sus nupcias. (Caso de que se ocuparon las revistas).

***

Podrían los coros de todos los templos, en una gigantesca combinación, entonar en las cinco partes del mundo los mejores cánticos de gloria al triunfo del hombre, y las trompetas de un apocalipsis tocar sus marchas más selectas por este paso ascensional del cuerpo y del espíritu del hombre en el sublime avance hacia sus destinos ignotos, pero cada vez más dueño de ellos. ¡La humanidad volando, haciendo de cada hombre un querube de los ensueños cristianos, un Perseo salvador de la nueva Andrómeda de la civilización, atada a la roca de mil prejuicios y pronta a ser devorada por un monstruo sangriento!..

El aeroplano, el dirigible, que acortan distancias, que anula barreras, acercaría a los pueblos, anularía las fronteras, salvaría valladares. La lógica así hablaría; pero no es la lógica la que domina en el mundo capitalista...

Esos instrumentos del avance humano, no tienen aun prestado ningún servicio efectivo al progreso, al hombre; todos sus favores los han dispensado a su amo, al militarismo, al guerrero, a la casta que tiene en sí la intuición de un pasado de cincuenta siglos.

¡El progreso la ciencia, sometidos, sobornados, esclavos dóciles del retroceso, de la brutalidad organizada y metodizada! El primer servicio del aeroplano fué prestado en Libia, arrojando bombas sobre enemigos imposibilitados de repeler tal ataque. Sus futuros servicios los prestará en todas las guerras, en todas las revoluciones. Un pueblo sublevado, armado con medios ofensivos y defensivos de corto alcance, será dominado fácilmente por esas nuevas armas de guerra de la aviación, que podrán bombardear cómodamente y sin peligro alguno a los insurgentes. Uno o dos soldados, con tales medios, podrán dispersar y aniquilar a una población o a un barrio sublevado. La oficialidad, en caso de deserción de todos los soldados, podría restablecer una paz varsoviana, con toda seguridad, como quien realiza un trabajo de siembra. Cuando los escuadrones y la artillería fuesen impotentes para dominar una rebelión, entraría en juego el cuerpo de aviadores, sembrando la muerte, el incendio y la desolación.

Hoy el aeroplano y el dirigible son nuestros enemigos, como el cañón y la ametralladora. La aviación degeneró completamente haciéndose militarista y cuartelera, y escudo de intereses burgueses, símbolo de atraso y psicología del verdugo y del pretoriano, del cosaco y del polizonte.

El entusiasmo del pueblo por el aeroplano y la aviación, no es más consciente que su entusiasmo por el ejército, por el instrumento de su opresión.

Es una flor del árbol frondoso de la ilusión ingenua del pueblo, que acaba de marchitarse. ¡El cuartel no es un jardín!

Cuando la lucha proletaria haya abatido el dominio económico y político burgués, la aviación tomará los rumbos del transporte rápido, comunicando en pocos días a las naciones más lejanas. ¡Será un tranvía internacional! Quizás un mensajero, también.

La revolución de los productores librará a los aires de la infección militarista que los ha invadido, haciendo de la aviación un servicio en vez de un instrumento de muerte y de opresión.

Silvano PRADO.

Sindicalismo y revolución social

El sindicalismo resume en la organización de clase toda la labor revolucionaria de los trabajadores. Fuera del grupo sindical, no hay explicación posible de una actividad revolucionaria. Por su condición social, los productores se reunen y realizan una acción de clase. Como productores luchan contra el capitalismo.

La lucha presente, el conflicto social que caracteriza al mundo actual, es una lucha de desposeídos contra los poseedores, de hambrientos contra los hartos, de los trabajadores que todo lo producen y nada consumen contra los capitalistas que todo lo acaparan y nada producen; la lucha actual no es más que, como se ha dicho tantas veces, una lucha de clases librada por los que trabajan sin vivir contra los que viven sin trabajar.

Sin esa guerra que los trabajadores están interesados en librar por cuanto ella supone un presente y ulterior bienestar; sin ese contraste violento de las clases que distingue en ciertas ocasiones la lucha entre proletarios y burgueses, la organización de clase, o sea la expresión del sindicalismo, no tendría objeto. Mientras los demócratas, idealistas, reformistas, etc., tratan de atenuar la acción que trágica a veces, es la consecuencia natural de un régimen que la motiva, el sindicalismo, como que ha venido a la vida social a realizar una función revolucionaria de transformación, la precipita, porque está precisamente en el desarrollo de esa acción el secreto de la emancipación proletaria. La lucha de clases, consecuencia del régimen de producción capitalista, es la vida misma del proletariado ansioso de libertad; mermar sus alcances, atenuar sus efectos bajo el pretexto de los perjuicios que acarrea a los mismos trabajadores, es perpetuar un sistema de esclavitud y miseria que los trabajadores están interesados en destruir.

El sindicalismo es, pues, el intérprete de la acción revolucionaria de la clase productora, y afirma que ella está toda en la organización sindicalista, en el núcleo de los trabajadores organizados en su sindicato. Este organismo, verdadero cuerpo social único y esencialmente de clase, resume para el sindicalismo toda la función revolucionaria de los trabajadores. No cree que fuera de la organización obrera exista una acción práctica; en cambio sostiene que todo el esfuerzo por su emancipación puede realizarse dentro de la misma organización.

Existen de por medio cincuenta años de experiencia que confirman y fundamentan la tesis de que el sindicalismo se basta a sí mismo. Si no hubiera habido esa experiencia, si en los últimos diez años de actividad obrera no se hubieran adoptado los métodos del sindicalismo moderno, cada vez más perfeccionados, que han puesto de manifiesto la inutilidad de los medios usados, anteriormente, nuestras concepciones serían más hipotéticas que reales, y difícilmente nuestra crítica penetraría en la mente de los trabajadores.

El sindicalismo tiene la gran importancia de ser un movimiento, un hecho, más que un conjunto de teorías y abstracciones. Tiene sí, su teoría, su idealismo, pero éste está muy lejos de confundirse con el romanticismo anárquico y socialista. Es expresión de un hecho y no el resultado de elucubraciones hipotéticas, abstractas, basadas en un futuro aún más hipotético. El sindicalismo, con una noción clarísima de la realidad presente, trabaja el porvenir, mientras que las otras escuelas, pretendiendo investigar el futuro siempre hipotético, quieren explicar y transformar el presente. Es más fácil a la mente humana perderse en fantásticas ilusiones, vagando su pensamiento por el espacio infinito, que reducirse a observar el mundo real, con todas sus complicaciones, y desentrañar de él las nociones que le son indispensables.

Todo el inmenso trabajo realizado por el sindicalismo no puede ser comprendido por los religiosos del idealismo que, si tienen un cerebro capaz de soñar, no es capaz de comprender.

Y el sindicalismo, aparentemente sencillo, susceptible de penetrar en la mente virgen de los trabajadores, libres de todo preconcepto, es complejo y difícil para aquellos que si bien viven en el presente, lo ignoran porque viven soñando en un paraíso futuro, celestial o terrenal. Quienes creen concebir el futuro (para nosotros el que desconoce el presente no puede concebirlo, porque el futuro es siempre un producto del presente) entienden realizar una gran labor revelando sus ensueños para que otros los sigan en sus musulmánicas creencias. Y es curioso oirles sostener en las discusiones, lo trascendental que es según sus pobres juicios, conocer el futuro, saber como viviremos mañana, antes que conocer el presente y librarnos de sus ataduras. Esto último es una cuestión que reclama mucho esfuerzo mental, un gran sacrificio, una voluntad enorme.

Es siempre mejor soñar, cuando el sueño se adapta al gusto del místico, que vivir la vida llena de sacrificios y esfuerzos.

Contra esos místicos idealismos que se introducen subrepticiamente en el movimiento obrero, bajo la capa de un revolucionarismo aparente, el sindicalismo se levanta afirmando su personalidad, esencialmente revolucionaria y transformadora, con un idealismo de la lucha que es la que trabaja el porvenir.

El sindicalismo reune todo el conocimiento recogido en una larga experiencia y sabe bien que el futuro no vendrá pintándolo en cuadros, con vistosos colores; cantándole poesías o soñando en él. Sabe que para alcanzarlo hay que ir a su encuentro. Y para ir hacia él hay que librar los obstáculos que se oponen en su camino, con la lucha, la organización y la actividad de todos los trabajadores. Esencialmente realista, trabaja en el presente el porvenir de libertad, que todos anhelamos, si bien unos trabajando para llegar a él, otros soñando en el día que él venga a su encuentro.

El idealista (permítasenos el abuso de lenguaje, porque ni tal cosa son) no puede comprender el valor creador del sindicalismo; él cree que la idea es la creadora y el mundo, las acciones humanas, un simple y débil reflejo.

La sociedad futura no puede ser, según esos señores, el producto de la acción de los hombres que trabajan por conquistarla, sino que los hombres son producto de ella.

La voluntad humana, personal o colectiva, desaparece; no es el pensamiento humano el que ha concebido un nuevo orden social, para lo cual la inteligencia debe intervenir y la voluntad actuar, sino que ésta es hija de aquélla. En otros términos, la mente de los hombres, ha creado Dios. Luego éste no es un producto de la fantasía humana, sino que es el propio creador de las cosas y los seres. Hay que inspirarse en él, creer solamente en él, dedicar todos los esfuerzos por él, orientarse, en fin, por él, y la humanidad seguirá avanzando sin necesidad de esfuerzos propios.

Sin diferencia alguna, el idealista filosófico, como el idealista religioso, llegan a una misma conclusión.

No obstante, declaran enfáticamente basar sus deducciones en la ciencia, a la cual atribuyen un valor creador.

Comunmente se nos hace la objeción, a nosotros los sindicalistas, materialistas, en consecuencia, de que no fijamos las bases de la sociedad futura. Esta es sólo producto de la fantasía humano, cuando se nos la presenta simplemente descripta en versos o en prosa más o menos colorida, en un cuadro de pintura, tal como lo hacen los que nos objetan creyendo que un nuevo ordenamiento social vendrá con conocerlo simplemente en la ciencia libresca.

Naturalmente, que ignorantes de la realidad social, no pueden comprender que nuestra labor, o mejor dicho, la que realiza el sindicalismo es muy diversa e inmensamente práctica.

La telaraña del idealismo les impide ver que el sindicalismo no es una entidad doctrinaria que crea teorizando; mejor dicho, elabora una nueva sociedad con su exposición teórica, sino que por el contrario teoriza creando, echando las bases reales de la nueva sociedad, en el presente.

Las organizaciones sindicales, son el nacimiento de un nuevo ordenamiento social. La sociedad futura deja de ser utópica para convertirse en una realidad, en un hecho que va desarrollándose a medida de la capacidad e inteligencia de los trabajadores. El sindicalismo no cree que el devenir social es una cuestión de ensueños poéticos, de esperanzas de idealistas. Cree que debe actuarse en el mundo real, en la sociedad presente, por lo que el esfuerzo creador, el espíritu inventivo y artístico constituyen el verdadero fundamento de su acción.

Mientras los idealistas sueñan en el futuro de bienestar, los sindicalistas lo crean con las organizaciones sindicales, que reemplazarán en el curso de su desarrollo, a la actual sociedad burguesa. La hora presente, hora de lucha, es a la vez la hora en que se va ordenando el nuevo mundo social.

No comprendiendo esa obra creadora del sindicalismo, los idealistas, confundidos en las nebulosidades de su misticismo, llegan a hacernos la ingenua pregunta de lo qué harían los revolucionarios después de la revolución.

Esta sola pregunta revela toda la ignorancia característica en estos tipos. Ignorancia basada en el desconocimiento absoluto de lo qué representa y constituye el movimiento obrero. Para ellos la revolución es una cosa por venir, que ha de realizarse de la noche a la mañana, como si fuera el acto simple de una rebelión o sublevación instantánea concebida por una minoría de videntes o de sabios.

No comprenden ni saben que la revolución no es una aspiración, algo futuro, sino que es un hecho presente, que se desarrolla todos los días, bajo el impulso decisivo de las organizaciones obreras en abierta lid contra el capitalismo y el estado. No comprenden ni saben que las huelgas, generales y parciales; los boycotts, sabotages y toda forma de rebelión actual, no son más que episodios aislados, que se repiten cada vez con mayor tenacidad y que ponen de manifiesto un principio anticapitalista y antiautoritario, declarando la revolución en marcha. Que en el trascurso de ese proceso revolucionario, se van desarrollando los elementos substitutivos de la sociedad capitalista: los sindicatos obreros, encargados de dirigir y administrar la producción, una vez que el proletariado, llegado a la cumbre de su capacitación revolucionaria, haya realizado la expropiación de los medios de producción y de cambio, hoy en manos del capitalismo.

La organización sindical va horadando en esa lucha de todos los minutos, de todos los días, la autoridad del capitalismo, sobre los trabajadores. Vemos cómo la clase obrera, en sus luchas por la disminución de las horas de trabajo, uno de los actos más corrientes de la acción sindical, destruye el principal derecho que el código civil reconoce y defiende: el derecho de propiedad, por cuanto anula la total aquiescencia del capitalista sobre la cosa y legislan sobre ella los trabajadores con su acción directa y de clase. La anulación de la autoridad material del capitalista sobre la propiedad, que emana de ese hecho, implica a su vez el crecimiento de la actividad obrera; consecuencia de ella, la organización sindical participa del derecho sobre la propiedad; y el gobierno de los trabajadores sobre la producción se sanciona como consecuencia natural de ese hecho fundamentalmente revolucionario, que da a los trabajadores la facultad material y moral de dominar en parte el producto de su trabajo.

Con ese simple ejemplo, el observador inteligente puede sacar las enseñanzas profundamente filosóficas que se derivan; los trabajadores, al anular la autoridad capitalista, que es la fundamental, anulan toda la legislación que como reflejo la sanciona y la garantiza.

Además, desarrolla los elementos materiales que dan vida a la organización sindical y al crecimiento de éstas corre paralela la personalidad social de los trabajadores que al elevarse van colocándose a la altura de ser capaces de substituir el régimen capitalista.

Lo fundamental, pues, no es para el sindicalismo lo que debe hacerse después de la revolución (dando a ésta el significado de una cosa venidera) sino en hacer, crear antes, en el verdadero período revolucionario, los elementos encargados de reemplazar a la sociedad burguesa. Lo principal para la revolución obrera es el período de incubación y de preparación de la nueva sociedad, y ésta no puede hacerse de la noche a la mañana después de la revolución, como no puede hacerse en igual forma ésta. La revolución de mañana para el sindicalismo, no será más que el resultado lógico, el desenlace final de la revolución de hoy. Y la revolución de hoy está en la propia lucha que todos los días libra el proletariado revolucionario.

He ahí por qué el sindicalismo, inmensamente práctico y superior a todos los idealismos enfermizos no tiene necesidad de dudar del porvenir y asegurar después del acto final, el triunfo. Este lo asegura antes del desenlace, porque va destruyendo diariamente la dominación del enemigo y afirmando su personalidad social. El peligro de una contrarrevolución no puede acecharle, en cuanto que las bases de la nueva sociedad han ido desarrollándose a medida que ha ido disminuyendo el poder de la sociedad capitalista.

Y cuando decimos que el sindicalismo resume en la organización de clase toda la actividad revolucionaria de los trabajadores, entendemos también que él es por ley histórica, el verdadero heredero de todo el progreso del régimen capitalista.

S. MAROTTA.

Las mejoras ilusorias y las reales

La entrada de nuevos elementos políticos al poder, ha creado muchas esperanzas y dulces ilusiones en la masa inconsciente del pueblo, de ese pueblo alejado de la lucha obrera activa, y cuya peculiaridad es el aporte de su fuerza numérica a los taumaturgos que reunen más condiciones sugestivas para arrastrarlo.

La desaparición de ciertos factores en el ambiente político criollo, ha concentrado la opinión popular alrededor de los que han sabido prometer más. Esta nueva orientación del pueblo indiferente, no es cosa que debemos lamentar, por cuanto el «haber» electoral de los políticos oscila casi siempre, de la «suma» a la «resta», conforme los hechos van arrancando los ropajes llamativamente viriles con que se adorna la impotente acción democrática electoral.

Es una verdad axiomática aquello de que el desengaño es el gran maestro de los hombres. Esperemos, pues, en nuestros puestos el desarrollo de los acontecimientos que, su derrotero no es difícil prever, una vez delineada la nulidad de la falacia parlamentaria en lo que respecta a los intereses del proletariado.

Los sindicalistas hemos sostenido siempre que los únicos capaces de interpretar las necesidades del mundo obrero y formular las mejoras en el trabajo y en la vida, son los mismos trabajadores, por medio de la acción directa ejercida desde sus órganos de lucha, los sindicatos de resistencia.

Son los obreros organizados en el concierto de la producción los que plantean el nuevo estado económico, generador de las nuevas reformas, cuya prioridad en reclamarlas a los patrones fué la característica de la capacidad sindical obrera sobre la acción del estado, que a veces se tomó la tarea de reglamentarlas, más o menos lentamente, pero siempre en beneficio de la burguesía, que en los casos de pleitos perdidos trata de sacar ventaja por medio de la legislación, valiéndose de su instrumento de dominación: el estado.

Los políticos electorales, cuando pretenden adelantarse a los obreros formulando mejoras en beneficio de éstos, basados en la ciencia previsora de la legislación apriorística, logran, no cabe duda, llamar la atención de los menos preparados hacia la pa-

LA ACCIÓN OBRERA

Es el periódico obrero y de los obreros. Obreros son los que le dan vida, obreros son los que lo escriben, y es destinado a la defensa de la causa obrera.

Todo trabajador consciente debe solicitarlo y propagarlo. Suscríbase, pues, y procure suscribir a sus amigos y compañeros de trabajo; así tendrá semanalmente un vocero de nuestra clase que le informará del movimiento obrero, de las tramas de los enemigos del proletariado y que fustigará cuanto se haga para desviarlo de la ruta de su emancipación.

Obreros: suscribíos. **Dirección: Colombres 1062. Dep. 2.**

nacea electoral. Así sucede porque los hechos aun no hicieron ver el carácter eminentemente negativo para los trabajadores, de esa legislación, pues el hecho económico de las mejoras no alcanza a éstos sino cuando parte de ellos mismos. El ejemplo ilustrativo de esta aseveración nos lo dan en este país, las leyes del descanso dominical y la de protección a las mujeres y los niños.

Y así como es negativa para los obreros la acción de los legisladores del parlamento, pasa a ser dañina cuando planteado el hecho económico de una reclamación obrera, aquéllos pretenden disputarle a la organización proletaria el derecho o facultad de interpretarlo, reglamentándolo, pues afirma en la masa inconsciente la ilusión beneficiosa de la obra del estado, el cual no hace más que apropiarse del hecho creado por los interesados para desviarlo de su verdadero significado.

La organización obrera — hemos dicho — es la primera y la única que traduce en mejoras las necesidades sentidas por los trabajadores, desde que es la primera que se presenta frente a frente a los patrones a reclamarlas. Ahora, si la voluntad del patrón logra imponerse a la de los trabajadores, quiere decir que éstos no están preparados para conquistarlas. Y si no están en condiciones de imponer una mejora no merecen disfrutarla, pues las mejoras reclamadas deben ser un resultado lógico de su mejoramiento técnico y moral.

De esto se desprende que una mejora no vale sólo por el valor intrínseco que tiene de por sí, sino también como una prueba de la mayor capacidad y poder conquistado por la organización, o lo que es lo mismo, por el paso más adelante dado por el proletariado, que lo acerca a su emancipación.

Es precisamente en esto donde reposa nuestro concepto revolucionario de la acción sindical. La lucha por la mejora no es un fin sino un medio de capacitación, por la confianza que se adquiere en la propia fuerza y que determina un acrecentamiento del valor combativo para la conquista de mejores posiciones en la lucha. Para destruir este espíritu revolucionario, la burguesía moderna no escatima medios, y es en virtud de esto que todas las armas del estado tratan de destruirlo, obstaculizando las huelgas y encauzando la lucha obrera hacia la esterilidad parlamentaria electoral. La prueba la tenemos en la protección ostensible de la burguesía a las comedias electorales que, según un concepto muy difundido entre los capitalistas, es la válvula de escape de la acción revolucionaria obrera.

Pero, afortunadamente, ese espíritu revolucionario tiene sus raíces bien hondas en cuestiones de índole fundamental, que no le es posible destruirlas a la clase parasitaria, sin destruirse a sí misma, pues por una fatalidad histórica, ese espíritu revolucionario traducido en acción constante será quien aniquilará el estado social de la burguesía. Ni la violencia ni los paliativos podrán detener el empuje de la acción específicamente revolucionaria de la clase obrera, porque a ella le pertenece el porvenir a medida que vaya describiendo su parábola la farsa de la democracia reformista.

En la Argentina, y en todas partes, el estado capitalista con sus órganos genuinos, como el parlamento, funcionará siempre en beneficio de la burguesía, porque es la misión para la cual fué creado, a pesar de la entrada en él de nuevos elementos, titulados redentores del pueblo.

El momento actual marca simplemente un compás de espera. La desilusión democrática dará sus frutos para la causa revolucionaria del proletariado.

Juan ROULE.

HIGIENE MORAL

Hermano:

Tus dolores no me son extraños. Comprendo que en tu corazón han depositado su limo de miseria moral todos tus antepasados, que sobre el haz de la tierra voltejearon sin voluntad propia, al impulso de la voluntad ajena. Hoy te revelas a mí, desnudando sin recatos tu alma ennegrecida, que tu crees alumbrada al fin; pero que lo es sólo por la luz de tus propias y efímeras ilusiones.

Hablas con orgullo de lo que llamas tu trascendental renovación espiritual y ante tus ojos de iluminado se diseña en un campo sin límites la perspectiva de un porvenir glorioso donde la paz y la justicia—tan ardientemente deseadas en toda su amplitud—tendrán su asiento. Ni una nota de egoismo mancha tu visión; tu alma, hecha a molde de sacrificio, se enajena ante la felicidad de todos los seres humanos, a quines te sientes ligado por el cordón umbilical de la fraternidad.

La propia personalidad, que tanto envanece y tanto perjudica, dices, a los hombres — en cuyo aras sacrificaran y aun sacrifican al insaciable Moloch del Poder todos los tiranos, todos los ambiciosos, todos los sedientos de poderío y chorrea sangre de innúmeras generaciones sacrificadas, — se infundirá, dichosa de desaparecer, en el común imperio de la perfecta igualdad de los humanos.

En la exaltación de tus sueños del futuro te has separado del miserable presente y desde la cúspide de tu sacro Ideal fulminas a la realidad con tu abominación. La realidad a tu ojo vidente, es la horrible tragedia de la lucha por la existencia en la que se esfuman los más nobles sentimientos: el débil es aplastado y te laceran las entrañas sus lamentos; la justicia es el derecho del más fuerte; la libertad un privilegio de los tiranos. Brutal es el contraste que ofrece el presente ante la apoteosis triunfal de tu futuro y el corazón se te infla de odio sin análisis para aquél y alimentas tu fe en éste; en la exaltación del ideal clamas por el Amor, la Justicia, la Libertad, la Igualdad, la Verdad.

Hermano:

La enfermedad es grave. Acude rápidamente a los recursos que ofrece la terapéutica; si fueras dócil a mi consejo, ingerirías tres o cuatro arrobas de aceite castor, cantidad que considero necesaria para una primera limpieza que te dejará viable para un tratamiento más severo.

Dice Ibsen en alguna parte, que el aseo del aposento tiene también acción saludable sobre la inteligencia y el discernimiento; límpiate, amigo. Esas abstracciones que te enajenan es el sedimento místico que dejó en el espíritu la esclavitud de nuestros padres, que fueron buenos, sumisos y agradecidos a Dios que les había dado un alma.

Ahora, en los hijos, la sumisión se ha trocado en rebeldía, y a Dios, informal en sus compromisos lo despidieron con cajas destempladas y se sumieron en el seno del Ideal, gran prometedor también, y que, sobre todo, como Dios, nos aleja de las miserias de la realidad. Dios es un ideal de esclavos; y el Ideal es un dios de los que tienen alma de esclavos. Todos los ideales, hasta los en apariencia más opuestos, converjen hacia la misma encrucijada de lo irreal. Es el producto de quienes no poseen más que sentimientos abstractos para cultivar la vida.

Eres obrero y por tanto tu existencia ruin, tus manos, en continuo tragín con la materia, han perdido la sensibilidad táctil; sólo reaccionan a los fuertes golpes o a las rasgaduras sangrientas; así tu espíritu, así tu sensibilidad intelectual, sólo los grandes conceptos hallan eco; esos que abrazan a toda la Humanidad y laceran el «corazón» con un amor sublime por toda especie.

Cuídate hermano: Redúcete al presente, que es lo único que tiene valor apreciable en números, y considera que todos los hombres no somos iguales. Nosotros somos obreros, los demás nuestros parásitos. Lo que suceda en el futuro debe tenernos sin cuidado. ¿Qué nos importa todo después de nuestra desaparición? El aire aventará nuestras cenizas fertilizando la tierra, ¿no te parece bastante? Los conflictos están planteados hoy y hoy debemos ir solucionándolos de acuerdo con nuestros medios y nuestras necesidades.

El mundo es interesante sólo desde nuestro punto de vista: el punto de vista de la clase trabajadora, y más allá de nuestra clase y de nuestro tiempo no tienen por qué irradiar nuestros amores y nuestras acciones.

Todas las fuerzas que restemos a la persecución de ideales para «mañana», tantas tendremos para amasar nuestro pan de «hoy». Aunque se niegue, es el sentimiento ancestral de supervivencia después de la muerte lo que hace posible nuestro sacrificio por el avenir; corta ese hilo fatal que te ata al pasado y al futuro y comprenderás la importancia que tienen todos tus actos en mal o en bien para la solución del presente como proletario; en este terreno, la indiferencia en cuestiones sociales, para todo individuo normal, sería tan imposible como la sustentación de ideales trascendentales; que se intensifican siempre en razón directa con su inocuidad.

En síntesis, la vida es un estado de equilibrio de la materia organizada en cierta forma que constituye un ser; y el instinto de conservación, la tendencia activa de los seres a mantener este equilibrio; todo lo demás en el orden de la inteligencia, no son más que consecuencias de aquel hecho primordial. El hombre se distingue de los demás seres en su forma física y en el uso que hace de la materia para su propia conservación, y de aquí, del uso de la materia, arrancan todos los conflictos que entre los hombres se suscitan y no hay en la vida ninguna otra cosa que pueda interesarnos más hondamente.

No vale sacar las cosas de su lugar exornándolas de espiritualidad, con el fin de llevarlas a un plano más elevado para satisfacción de ciertas inteligencias.

Tú pretendes burlarte del adiposo burgués (son tus palabras), que apilando monedas sobre monedas llena su caja de fierro y en su pecho, dices, no anida ningún sentimiento que haga noble su existencia; pero él te somete, por el hambre y por el frío, para hacer uso de tu fuerza de trabajo en el acrecentamiento de su poder material. El retrotrae los caracteres de la lucha a medios puramente materiales: tu alimento, tu habitación y tu vestido.

El sabe que en tanto no poseas los medios de satisfacer aquellas necesidades independientemente de su voluntad, te tendrá, nos tendrá bajo su férula. El tiene la fuerza efectiva y no necesita de esos sentimientos nobles, de que hablas y te envaneces, para ser el amo. ¿Y eso evita, acaso, que exista un acuerdo mutuo y una solidaridad intensa de intereses entre los individuos de su clase social?

Los sentimientos morales ajenos a la idea de interés material son el elemento imprescindible para toda esclavitud y deben arrancarse y no conformarlos a nuevas modalidades, que viene a ser como una poda.

Hermano:

Para solucionar los problemas de esta naturaleza, es preciso reducirlos por eliminación de factores inútiles a sus verdaderas proporciones,—dentro del terreno material exclusivamente,—como hacen los burgueses, nuestros amos, y que, por muchos conceptos deben ser nuestros maestros. «No sólo de pan vive el hombre»... No te dejes desviar por cantos de sirena; eso lo dice la voz de los hipócritas y de la gazmoñería. «Primo panem», digo yo, que las demás cosas las tendremos por añadidura. Pan y circos, pedía la plebe romana y el Imperio hacía gemir a millones de esclavos para satisfacerla. Hoy somos nosotros los esclavos, y los burgueses y sus acólitos de todos los matices quienes gozan del pan y de los circos, y sus lacayos nos tiran los huesos mondados de los «nobles sentimientos».

Hermano: a mi vez, te explayo mi confesión:

Materialista ordinario, baso todo mi escaso orgullo en el desprecio más completo por todos los Ideales, que tienen la virtud de provocarme náuseas; el estómago, la víscera más noble de mi organismo, repudia las abstracciones. Siempre estimaré como a la voz prudente de la amistad, para corregirme y enmendarme, aquella que me acuse de mantener una convicción cuyos límites se extiendan más allá de la existencia probable de los míos.

Soy obrero y sólo a los obreros considero mis parciales, con ellos estaré en las buenas como en las malas andanzas de sus luchas por los intereses inmediatos, y su ventilación es mi mejor ambiente intelectual. Me interesan sólo las cuestiones del día y las de mañana las reservo para después.

Epícteto decía que podían esclavizar su cuerpo, pero su espíritu jamás; yo considero que en un cuerpo esclavo no puede anidar un espíritu independiente. Ansío la independencia de mi cuerpo, y en tanto no la logre, aplico una rigurosa cuarentena a los dictados demasiado espirituales.

Sergio SONIA

LOS CABALLEROS DEL TRABAJO

(CUENTO INFANTIL)

Había una vez la hija de un rey, de una belleza deslumbrante, y de una virtud nada común entre los de su clase. Talía—que así se llamaba la princesa—no usaba perlas ni joyas, que dejaba dormir tranquilas en sus estuches. Trabajaba bordando y tejiendo, y encantando a todos con sus raros y bellos trabajos. Aunque esto no era del agrado de su padre ni de la corte, no habían podido evitarlo.

El país era como otro cualquiera. Había las mismas formas sociales y el mismo sistema de vasallaje de los que dominaban en esos tiempos.

Había una clase de hombres que no hacían más que trabajar toda su vida, que era una vida de miserias y privaciones; y otra clase, que sin trabajar nada, vivía en la abundancia y el esplendor, derrochando todo lo que producía la clase sometida.

El cansacio había rendido a la primera, que con los años de sequía y de frío había visto perder sus cosechas y perecer sus animales de labranza. A esta desolación se unieron las enfermedades y la muerte de la mayor parte de los campesinos. El reino, esplendoroso y rico diez años antes, estaba en ruina. No había ya tesoro para fiestas ni para pagar a los altos dignatarios. La persistencia de las sequías hacía imposible el cultivo de grandes extensiones de tierra, y sólo se podía recoger algún fruto de la tierra regada artificialmente.

Los soldados (que en aquellos tiempos eran todos mercenarios) comenzaban a desertar. Esos soldados eran extranjeros, que el rey llamó a su servicio mediante un buen pago, para someter a la obediencia a los campesinos, naturales del país. No teniendo el tesoro el dinero para retribuir sus servicios, ellos se marchaban a sus casas. El país, por falta de productos del trabajo, iba a quedar en poder de los ambiciosos reyes vecinos. Era la ruina de la dinastía y de la corte.

El rey reunió a los grandes dignatarios para tratar de adoptar algún remedio al mal. Todos ellos propusieron al rey que contrajera deudas pagando buenos intereses a los usureros, pues según opinión general, con cien millones de onzas se podría normalizar la situación por un año, a la espera de una cosecha venturosa.

Cuando Talía supo lo acordado, acudió a su padre para aconsejarlo. Le hizo comprender que los millones no eran una fuente de riqueza sino de miseria; pues agotados, no habría más nada de ellos, sino el empeño, que determinaría nuevas deudas. Le expresó que la fuente de toda riqueza era el trabajo, y que a éste había que acudir para salvar la situación.

—No quedan casi labradores en el reino—dijo el rey.

—Bien — repuso la princesa — hagamos que trabajen los nobles y sus lacayos...

La sorpresa del rey rayaba en la indignación. Sus ojos centellearon iras. Pero antes que pudiera expresar sus enojos, ella prosiguió con acento de convicción:

—O los nobles del reino trabajan para su rey o trabajarán pronto como esclavos para los reyes enemigos.

El monarca se tomó los cabellos y se puso a andar por su gabinete con la rapidez de un perseguido. Lloró de rabia.

Después de un rato exclamó:

—¡Y yo mismo seré un vasallo!... Los sollozos no le dejaron seguir.

La princesa, después de tranquilizarlo, continuó razonándole.

—Los corceles de los carruajes de los nobles, podrían ser atados a los arados, pues los labriegos no tienen bestias de labranza. Y trabajando un poco todos, el reino recuperará su esplendor, pagará sus mercenarios y tendrá en sus límites a los enemigos.

La proposición era fuerte y no fué aceptada.

—Tenéis razón, princesa, pero empeñaré el trono en mil millones antes que proponer tal cosa a mi corte. Me destronarían.

La virtuosa Talía no desistió, pues unía a su virtud un gran talento.

—No es preciso decírselo tan bruscamente, con la franqueza que yo os hablo. Puede hacerse del trabajo un honor, como debiera serlo en verdad, en vez de ser una vergüenza. Podéis crear una orden de caballeros del trabajo, declarándola una de las primeras dignidades de la corte, para ser merecedor de la cual no hubiese más obligación que prestar servicios al trono labrando la tierra.

Estas palabras, bajo la influencia de la angustiosa situación del tesoro, decidieron al rey a su favor, y creó la Orden del Trabajo, a la cual podían pertenecer hombres y mujeres que rindiesen culto de hecho al padre creador de cuanto bueno produce el hombre. Pero el proyecto fracasaba. En realidad no existían más caballeros del trabajo que los hijos de la plebe oscura.

El único miembro de la nueva orden era nuestra Talía, quien para hacerla prosperar quiso valerse de sus atractivos y bellezas personales.

Entraba por ese entonces en la edad florida de su primera juventud. Era una beldad de ensueño envuelta en una sencillez que sólo las almas superiores usan. Entró en la vida activa de la corte, de la que había estado muy retraída. Y pronto tuvo amantes que la requerían. Uno de ellos, el joven más distinguido, y príncipe también, la cortejó. Ella se mostraba esquiva. El joven príncipe juraba que haría todo por ella: que se batiría, que conquistaría reinos, que se haría quemar vivo, que haría todo lo que ella quisiese.

Un día la joven se expresó así:

—Tengo jurado que no daré mi mano a ningún varón, aunque merezca mi cariño, si no es caballero de la Orden del Trabajo, que contribuya con su labor a salvar la situación del trono. Es lo único que me impide daros el sí.

El príncipe, que se hubiera hecho matar por ella ardiendo vivo en las llamas, cesó en sus protestas de amor, despidióse pronto y no volvió a hablar más del asunto...

Ocuparon su puesto, decididos a la conquista, otros grandes magnates, y después de la propuesta todos abandonaban la empresa. Para que no fracasase el decreto, el rey tuvo que nombrar caballeros de esa orden a gente que no trabajaba nunca; y con muchos nobles guerreros, ansiosos de conquistar por el valor a las doncellas, el reino marchó a la ruina, no pudo resistir a los soldados mercenarios que habían pasado al servicio de otros reyes al abandonar al de este país.

Los nobles fueron a adular a su nuevo amo, los más afortunados; los otros huyeron a los desiertos, o fueron esclavizados.

***

El fundamento de todo poder y de toda riqueza, es el trabajo, y el trabajo es el esclavo, que mañana dispersará a todos los amos de todos los países, en la última gran guerra por su liberación.

FLOREAL.

Nuestro número especial del 1.º de Mayo

Los pedidos

Con gran satisfacción hacemos constar el éxito obtenido por nuestra administración al reducir los precios de los paquetes para el presente número, éxito que se debe también a la buena voluntad y entusiasmo de los compañeros y organizaciones que respondieron a las buenas disposiciones nuestras.

He aquí la lista de pedidos:

Total anterior: 4.265 ejemplares; Unión Obrera de las Canteras de Tandil 3.000, J. Bertaccini 20, Unión O. Canteras de V. Quilino 100, L. L. 200, M. González 20, V. A. Mignoli 100, L. Decaino 20, J. Montesano 20, E. Ortega 20, Francisco Martín 50, Cocineros y Pasteleros 50, J. González 50, J. Giampietro 100, Mauricio López 20, Centro Sindicalista de Rosario 200, Cándido Ghezzi 50, José Castiglione 10, J. Canay 20, E. Huertas 20, Antonio M. Díaz 100.

NOTAS Y COMENTARIOS

La aviación

Nada nuevo bajo el sol... Se confirma la sentencia latina. Andan atareadas las gentes, delirando por la aviación, y con un delirio tan peligroso que conduce al suicidio, pues no otra cosa es el ejercicio de esa profesión. Nada nuevo en las cuestiones de los vuelos; al contrario, eso es tan viejo como andar a pie. Se ha hecho tanto aspavientos para lanzar a los aires aparatos livianos, construídos con el menor peso posible; globos bien inflados para hacerlos más livianos que el aire, cuando hace siglos que grandes y pesados aparatos de bronce de mil y más kilos vuelan que es un contento... Nadie ignora que desde tiempo inmemorial las campanas se acostumbra echarlas a vuelo...

La aviación, que ha vuelto a estar de moda, y gustará hasta que la gente se aburra, nos hace recordar los tiempos de la bicicleta. ¡Cuántos porrazos se llevaban los aficionados! Pero no escarmentaba nadie, y todos querían probar porque nadie escarmienta en cabeza ajena. Ahora se aprende a ir en bicicleta por necesidad del trabajo.

Con la aviación, a la larga o a la corta, pasará otro tanto. La bicicleta, en seguida de ser puesta en uso, fué también un instrumento de guerra aplicado por los japoneses en su guerra contra China; y posiblemente la aviación militar no deje de ser una novedad teatral sin mayor resultado. Que nos echen al vuelo las campanas, que nos hagan volar los pájaros, es comprensible, pero el hombre, que todavía no supo ordenar convenientemente la marcha de los tranvías (que sufren tantos percances como un aeroplano o un dirigible, más el nutrido renglón de choques), querer marchar por el espacio como Pedro por su casa... eso es mucho pretender...

Los juegos

Los juegos, las inclinaciones de la gente, caracterizan una época, una sociedad, un país. Hoy las características son tan generales, tan universales, que no logran caracterizar nada. Nada tiene carácter propio en los tiempos que corremos; ni los seres ni las cosas. Las modas nos uniforman, los gustos nos regimentan, y todo nos conduce a una unidad; no la unidad inteligente y superior de una disciplina moral sana, sino a un desconcierto moral inconcebible y a una uniformidad de rebaño para todo lo malo, lo caduco y lo vicioso.

Es que a lo superior, la vida intensa y sencilla, sólo concurren escasos temperamentos, mientras a lo normal, lo vicioso concurre la generalidad, convirtiendo la regla en una excepción y haciendo regla de lo anormal.

¿Que en París se viste de tal o cual forma? Pues dejamos las bombachas, el calzón corto, cualquier indumentaria regional, y si al entrar en la sastrería éramos aragoneses, criollos o gallegos, salimos hechos unos perfectos parisienses.

¿Que en Inglaterra se juega al Fott-ball? Pues dejamos la taba, las barajas o cualquier objeto de diversión y vamos a correr detrás de una pelota inflada exprofeso, aunque nos destrocemos en el brutal traqueteo.

Los «gentlemen» argentinos no quieren ser menos que los «caballeros» ingleses. Si éstos son aficionados a los caballos, pues ellos también se apasionan por los mismos bichos, unificándose en un común sentimiento bestial... ¡Y qué sentimiento! No son juguetes esos sentimientos, aunque sirven para el juego de las carreras. Se atiende a las bestias como a los príncipes. Al nacer se les da un gran título nobiliario con una denominación de alguna celebridad. Ya el pequeño es una celebridad, igual que los reyes, que antes del parto son personajes de renombre mundial y celebridades cuando todavía están en los sucios pañales. Se les da un alojamiento lujoso, se les pondera y se les educa... eso sí, a fuerza de látigo, lo único que no se hace con los príncipes y que es lo que más necesitan...

En fin, el juego se generaliza, se extiende se ramifica; y si los «gentlemen» argentinos no quieren ser menos que los «caballeros» ingleses, los vagabundos de todo origen, los hijos de mil miserias, no quieren ser menos que ellos, y comienzan a hablar de caballos, de «sport», continuando por jugar y llevar pesos tras pesos hasta acumular millones dominicalmente en las cajas de los hipódromos. Entonces es cuando los mismos que han querido elevarse tanto, ponen el grito en el cielo. Los pobres desarrapados vierten sus jornales en carreras y no pagan ni a Cristo, aunque deban a cada santo una vela, dedicándose sólo a procurar mandar muchas almas a donde llegó el grito, y con la santa intención de hacer llegar al cielo a los sugestionados de la fortuna, sólo se preocupan de hacer de cada prójimo un Cristo a quien clavan no sólo en las manos y los pies sino principalmente en las vecindades del tronco, que es donde el hombre acostumbra colocarse los bolsillos.

La industria y el comercio se resiente de estas heridas, y se piden leyes de represión del juego... Todos los años se habla de esta plaga y se proyecta el exterminio de los jugadores. ¡Ah, cuando los pesque la ley! Los representantes de ese pueblo jugador hablan y se ingenian en escribir leyes que detengan el grave mal, pero el juego sigue tranquilamente su marcha, siempre con las manos en los bolsillos... de otros...

Los señores de la fábrica de las leyes no sólo no han podido extirpar el juego sino que han caído en él; pues hablando y escribiendo contra el mismo sólo hicieron un vano e ineficaz juego de palabras...

Fulano de TAL.

Un folleto sindicalista

En el corriente mes aparecerá un folleto de propaganda sindicalista, destinado a difundir los principios de la organización y la lucha de clases en el seno de la masa obrera.

Los pedidos deben hacerse pronto para ordenar el tiraje.

Todos los compañeros y organizaciones deben interesarse para hacer llegar a mano de cada trabajador un ejemplar de este folleto.

A éste seguirá una serie que editará LA ACCIÓN OBRERA.

Los precios están al alcance de todo obrero, y para su mayor circulación, se ha fijado una escala mínima para los paquetes, a fin de que los más entusiastas los adquieran para repartirlos entre sus amigos y compañeros.

PRECIOS CON PORTE PAGO:

1 ejemplar	$ 0.10
10 ejemplares	» 0.70
50 »	» 3.00
100 »	» 5.50